

El Papa y las elecciones en El Salvador

Los partidos políticos, que han recibido de la empresa privada de televisión y del gobierno bastantes facilidades para abordar al pueblo desde la radio y la pequeña pantalla, han perdido lamentablemente su tiempo en la absurda y ya consagrada "politiquería" de la propaganda política electorera. Ya estamos a menos de un mes para que las anunciadas elecciones se lleven a cabo. Y sin embargo el pueblo salvadoreño no está motivado, peor aún, está ahora más confuso con todo lo que oye por la radio y ve en la televisión.

Dos fases pueden establecerse en la psicología del pueblo en lo que atañe a las elecciones del 28 de marzo de 1982. La primera, que podemos calificar de apatía por las elecciones, con lo que se esperaba que pocos concurrieran a las urnas; y la segunda, de desorientación, a causa de la campaña propagandística electorera a la que se han dado los partidos políticos, con lo que el pueblo se ha interesado más en el desarrollo mismo de la propaganda politiquera, con sus chismes e insultos, pero sigue poco motivado para concurrir a las urnas.

Esto ha provocado en los círculos políticos interesados en las elecciones una especie de sicosis electoral. Estos círculos se sienten fuertemente amenazados por cualquier apreciación crítica que se formule sobre las elecciones anunciadas y, al mismo tiempo, ven, en cualquier declaración que no habla de las elecciones, un apoyo a las mismas.

Es así como al mismo Santo Padre, al Papa, le han hecho incurrir en un grave error político, pretendiendo que con sus palabras pronunciadas el día 28 de febrero de 1982 estaba apoyando las elecciones del 28 de marzo. Todo el mundo, al leer los títulos de

primera plana de la prensa salvadoreña, se quedó consternado, por cuanto, en primer lugar, se dice que los clérigos no tienen por qué andarse metiendo en política y, en segundo lugar, aun aceptando que el Papa diga palabras de calibre político respecto a la situación de su amada Polonia, sin embargo no se ve bien claro cómo lo pueda hacer respecto a la situación salvadoreña, no siendo él salvadoreño. No sabemos si la prohibición —e incluso la amenaza de sanciones— se refiere al Papa, a la Conferencia Episcopal, o al Secretario de la misma, por sus declaraciones respectivas.

En realidad no hay tal apoyo a las elecciones en las palabras pronunciadas por Juan Pablo II. No lo hay; ciertamente no en el sentido parcializado que le dieron la prensa, la radio y la televisión de El Salvador.

¿Qué es, entonces, lo que leemos en las palabras del Papa?

Ante todo, una constatación de la realidad dolorosa que vive un pueblo que lleva el nombre del Divino Salvador del Mundo. En segundo lugar —y en vista de que las palabras de la CEDES y la poca fuerza moral que ahora tienen los obispos de El Salvador, no hace mella en los salvadoreños— el Papa, con la fuerza moral que él tiene, hace suyas las palabras de los obispos de El Salvador para que, dice el Papa, "se ponga fin a las violencias y que el país sea puesto en condiciones de darse un orden social justo y pacífico".

Esta frase es capital en el texto de la alocución del Papa. Y ella puede ser interpretada en dos sentidos. O bien el poner fin a las violencias se obtendría por medio de las elecciones y mediante las mismas el país se pone en condiciones de darse un orden social

pacífico y justo, o bien el fin a la violencia se obtendría mediante un proceso de mediación que lleve a deponer las armas de los beligerantes y con ello se cree un clima y condiciones propicias para darse un orden social justo y pacífico.

Léase bien: "un orden social justo y pacífico", dice el Papa. Se trata de un orden que englobe toda la sociedad y no solamente ciertas facciones políticas. Se trata de un orden que haga efectiva la justicia que es para todos, más allá de las ideologías políticas y de los egoísmos. Se trata, en fin, de un orden que se establezca no por medio de la violencia de las armas, sino por los medios creados por la sociedad democrática. Por esto último, ciertamente, se puede decir que el Papa incluye las elecciones dentro de un proceso de pacificación del país, y parece absolutamente normal que así sea. Pero del contexto de las palabras del Papa aparece que dichas elecciones son parte del proceso, no precisamente el principio del proceso. Más bien deja entrever el texto que la pacificación debe empezarse por una "reconciliación".

"Reconciliación" es una palabra y un concepto que no lleva ningún contencioso político; más bien apunta a un contencioso teológico, en el sentido de que es necesario romper las ataduras del pecado que tienen a los hombres atados a sus miras particulares y a sus intereses egoístas. Porque de perdurar estas ataduras, pueden ser muy buenos los mecanismos de la democracia y las elecciones en particular, pero no podrán dar todo lo que pueden, sin un clima de distensión y de acercamiento mutuo de todas las partes interesadas en lograr la paz y la justicia del país.

En este sentido el Papa apunta a la ineludible necesidad primera de que todos los interesados en la situación salvadoreña, nacionales y extranjeros, dirijan su "esfuerzo común para que cesen las matanzas". Esto supone un paro previo de las hostilidades que provocan dichas matanzas, porque sin ello el pueblo de El Salvador no podrá resolver "los graves problemas que le afligen". Por otra parte, debe prevalecer la "búsqueda del bien de todos", sin excluir a nadie o a ninguna de las partes que de algún modo están generando violencia, y hay que darle cauce ordenado para que con ello puedan poner todas sus energías no para destruir si-

no para construir.

Termina el Papa diciendo que comparte "plenamente el llamamiento de los obispos salvadoreños". Es una afirmación que debe entonces entenderse desde el contexto mismo de toda la alocución del Papa. Con ello trata de puntualizar y completar lo que los obispos dijeron en su llamamiento. En ese sentido el llamado que los obispos hicieron para concurrir a las urnas no tiene en el pensamiento del Papa un sentido de exclusividad, más bien él ve la necesidad de concurrir a las urnas como algo que forma parte de la "reconciliación", en el sentido arriba apuntado.

Es, pues, lamentable que los medios de comunicación y los intereses políticos manipulen las noticias y distorsionen el pensamiento y las palabras, como lo hicieron con las pronunciadas por el Papa. El mismo Administrador Apostólico se vio en la obligación moral de hacer referencia a estas palabras del Papa, sin comentario alguno, para hacer ver al pueblo salvadoreño lo que en realidad había dicho el Papa y para que supiera leer con espíritu crítico las versiones que la prensa hablada y escrita de El Salvador dieron a las mismas.

No creemos que el Papa haya querido intervenir en la política interna de nuestro país. No lo ha hecho. El no ha hecho un llamado a las elecciones. Sencillamente, como Pastor universal, pone el dedo en la necesidad de la "reconciliación" para romper los diques que separan aún a los salvadoreños. De no darse este paso previo, las elecciones podrían acarrear un mayor distanciamiento y resquebrajamiento de la sociedad.

J.D.

ANEXO

Después del "Angelus" del domingo, 21 de marzo, el Santo Padre recordó el segundo aniversario del asesinato de Mons. Oscar A. Romero con las siguientes palabras:

"El miércoles, 24 de marzo, se celebrará el 2o. aniversario de la muerte de Mons. Oscar Arnulfo Romero, Arzobispo de San Salvador, quien, víctima indefensa, dio su vida por la Iglesia y por el pueblo de su amado país.

Al recordar la figura de este celoso pastor, rogamos al Señor, a fin de que la oblación de su vida y el sacrificio de tantas otras víctimas logren que la nación salvadoreña encuentre pronto, en la reconciliación y con la colaboración de todos, una solución justa para los graves problemas que la atormentan. Puedan, finalmente, estos nuestros hermanos, tan probados, lograr el gran bien de la paz y un progreso humano, social y político de su comunidad nacional".